

CUADERNOS DE HISTORIA 47

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE - DICIEMBRE 2017: 85-111



IMPACTO DE LA GUERRA FRÍA EN EL DISCURSO POLÍTICO DEL NACIONALISMO DE DERECHAS ARGENTINO DE LOS AÑOS SESENTA (1955-1969)

*Valeria Galván**

RESUMEN: Las transformaciones que experimentó el nacionalismo argentino de derecha en su discurso político durante la década del sesenta cobran sentido en relación con el contexto internacional signado por la Guerra Fría. Así, conceptos fundamentales de su tradición política sufrieron alteraciones a causa de los vaivenes de la agenda internacional. Debido a ello, en este trabajo se pretende rastrear las transformaciones del proyecto político nacionalista, a partir de los cambios en las ideas de “hispanismo” y “revolución” en su discurso. En este sentido, el nuevo programa nacionalista, si bien responde a elementos ideológicos heredados de los nacionalistas de principios de siglo, se resignificó a partir del nuevo sentido que adquirió el concepto de revolución en el marco de la Guerra Fría.

PALABRAS CLAVE: Argentina, guerra fría, nacionalismo de derecha, revolución, hispanismo.

*IMPACT OF THE COLD WAR IN THE RIGHT WING- ARGENTINE
NATIONALIST POLITICAL DISCOURSE OF THE SIXTIES
(1955-1969)*

*ABSTRACT: Changes in Argentinean right wing-nationalist political
discourse of the sixties can only be explained in relation to the*

* Doctora en Historia. CONICET/ Instituto Ravnigani-GEHiGue (UBA). Correo electrónico: galvan.valeria@gmail.com

international Cold War-context. Thus, some fundamental concepts of Argentine nationalist political tradition were altered by the ups and downs of the international agenda. Because of this, this paper intends to trace the transformations of the nationalist political program, starting with the discursive mutations of the ideas of “Hispanism” and “Revolution”. Hence, this renewed revolutionary program –even when related to inherited ideological elements of previous nationalist generations– was reinterpreted in light of new Cold War-meanings of the concept of Revolution.

KEY WORDS: Argentina, Cold War, right wing-Nationalism, Revolution, Hispanism.

Recibido: junio 2016

Aceptado: mayo 2017

Introducción

La Guerra Fría se caracterizó por su impacto global y pluridimensional, no solo a través de los diversos conflictos bélicos de confrontación indirecta entre Estados Unidos y la URSS, que desencadenó en todo el mundo, sino también por la puesta en debate y la resignificación de diversos conceptos articuladores de sentidos políticos, tales como “paz”, “cultura”, “libertad”, “democracia”, entre otros. La disputa por estos significados aparece, así, como consecuencia de los conflictos políticos y los cambios sociales e históricos que impulsaba el conflicto bipolar¹.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, la competencia entre soviéticos y norteamericanos por ganar el favor de intelectuales y artistas de la Europa de posguerra derivó rápidamente en una reconfiguración semántica de las identidades bélicas. Así, mientras que para la URSS, identificada con el concepto de “paz”, se trataba ahora de combatir contra un “nuevo fascismo”, para Estados Unidos, identificado con el valor de la “libertad”, la nueva guerra pasaba por seguir avanzando contra un régimen totalitario más, igual al que se acababa de derrocar. Es decir que ambos polos de la incipiente Guerra Fría, apelando a representaciones ligadas a la guerra precedente, emprendieron una nueva contienda con enemigos bien definidos y, sobre esa base, se dispusieron a conquistar el campo intelectual europeo, resquebrajado por las afinidades

¹ Williams, 2000, p. 25.

políticas heredadas de la Segunda Guerra Mundial y la difusión de los crímenes del estalinismo².

En este marco, tanto Estados Unidos como URSS, en los albores de la Guerra Fría, desplegaron una serie de acciones para ejercer una diplomacia cultural activa y agresiva. Esto implicó la creación y financiación encubierta de instituciones, sociedades, fundaciones y movimientos de carácter cultural pero siempre ligadas a los respectivos servicios de inteligencia (entre ellos, la red de intelectuales anticomunista nucleada en torno al Congreso por la Libertad de la Cultura y el prosoviético Movimiento por la Paz).

En América Latina, estas redes e instituciones tuvieron sus correlatos locales³. Particularmente en la Argentina, estas políticas culturales cruzaron el campo intelectual⁴ y contribuyeron a definir la agenda política doméstica, articulada por la izquierda no marxista, sectores liberales, el comunismo, los militares, el sindicalismo y la derecha católica. En este contexto, al igual que otros actores políticos contemporáneos, los nacionalistas de derecha argentinos no pudieron escapar a los coletazos de los reajustes conceptuales propios de esta coyuntura y pivotaron en el primer plano de la política argentina con un programa político renovado.

Es que, efectivamente, pese a que luego de la Segunda Guerra Mundial los nacionalismos de derecha comenzaron a perder peso en el plano internacional, en el escenario argentino de fines de los años cincuenta, tras la caída de Juan Domingo Perón en 1955, esta tradición política resurgió con un nuevo ímpetu y encarnó en figuras de larga trayectoria político-intelectual que supieron reposicionarse en la primera fila de la configuración política local. Así, nombres como Marcelo Sánchez Sorondo, Mario Amadeo, Máximo Etchecopar, Juan Carlos Goyeneche, Federico Ibarguren y otros, se nuclearon en los años sesenta en torno al periódico *Azul y Blanco*.

Esta publicación nacionalista, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo, operaba desde su fundación en 1956 como mediador entre las principales tendencias ideológicas de la época y el campo nacionalista argentino. Su núcleo de colaboradores, luego de haberse formado intelectual y políticamente en los círculos de sociabilidad típicamente nacionalista de la primera mitad del

² Stonor Saunders, 2001; Franco, 2002 y Judt, 2006.

³ Iber, 2012, pp. 117-132; Iber, 2012, pp. 167-186; Glondys, 2012.

⁴ Janello, 2014, pp. 60-85; Janello, 2013-2014, pp. 79-105; Janello, 2013; Janello, 2012, pp. 14-52; Petra, 2013; Petra, 2012, pp. 51-73; Nállim, 2012.

siglo XX⁵, se alejaron de la tribuna pública durante las primeras presidencias

⁵ Estos personajes habían comenzado su trayectoria intelectual y política en el nacionalismo de la década del cuarenta. Así, tanto Marcelo Sánchez Sorondo como Mario Amadeo, Máximo Etchecopar y Juan Carlos Goyeneche, tuvieron contactos personales durante sus estudios secundarios y en los Cursos de Cultura Católica, durante sus años de formación. También, se habían cruzado en varios emprendimientos editoriales. Sánchez Sorondo (1912- 2012) fue un intelectual nacionalista comprometido con su contexto político desde una edad muy temprana. Hijo del político conservador Matías Sánchez Sorondo (1880-1959), que más tarde colaboraría con el gobierno de Uriburu, entró en contacto con quienes luego serían sus amigos y colegas ya desde su secundario en el Colegio del Salvador, en donde tuvo como profesor de historia al padre Leonardo Castellani. En la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, fue compañero del joven tucumano Máximo Etchecopar. Juntos trabaron relación con Mario Amadeo y asistieron a los Cursos de Cultura Católica, donde también confluyeron con Castellani, Octavio Derisi, Julio Meinvielle, Alberto Ezcurra y Federico Ibaguren, entre otros. Sánchez Sorondo se inició tempranamente en el periodismo político desde la tribuna nacionalista *La Nueva República*. Más tarde colaboró en el periódico *Sol y Luna* –dirigido por Juan Carlos Goyeneche– junto a Amadeo y Anzoátegui y en *Nuestro Tiempo y Balcón*, ambos de Meinvielle. Por su parte, Mario Amadeo (1911-1988) había sido un militante de grupos católicos e hispanistas. Diplomático de carrera, se concentró en el desarrollo de esta actividad desde donde pivotó en varias presidencias durante las décadas del cuarenta, cincuenta y sesenta. Durante la Segunda Guerra Mundial defendió la política neutralista –inclusive renunció a su cargo diplomático en Chile por esta cuestión, cuando Argentina declaró la guerra al eje– y, ya con el peronismo, formó parte de los nacionalistas que se replegaron de la vida pública. Con la “Revolución Libertadora”, habiendo participado directamente del golpe, volvió a la escena política. Fue ministro de Relaciones Exteriores en 1955, hasta el golpe interno de corte liberal del general Pedro Aramburu, que alejara al primer presidente de la “Libertadora” del poder. A partir de ese momento, participó del debate intelectual desde una postura autocrítica sobre la importancia y significación del “hecho peronista”. En este marco, publicó *Ayer, hoy y mañana*, su libro autobiográfico sobre el tema y finalmente se unió al proyecto del líder radical, Arturo Frondizi, y a su gestión presidencial, a partir de 1957. Amadeo y Sánchez Sorondo, amigos desde muy jóvenes tras haber compartido espacios de militancia y emprendimientos editoriales –luego también por la pertenencia a un mismo grupo reducido–, se distanciaron por diferencias políticas importantes en 1958. Otro de los integrantes de este grupo fue Máximo Etchecopar, colaborador junto a Amadeo y Sánchez Sorondo en *Nueva Política, Sol y Luna* y *Nuestro Tiempo*. De ideas más católico-conservadoras, hispanistas y nostálgicas que Sánchez Sorondo, es autor de varios ensayos sobre la situación política argentina, de fuerte impronta orteguiana. Etchecopar, que conocía a Sánchez Sorondo desde los tiempos de la facultad, se alejó de *Azul y Blanco* con Amadeo, en apoyo a Frondizi en 1958. Para completar la lista, Juan Carlos Goyeneche –hijo del político radical Arturo Goyeneche, ex presidente de la Cámara de Diputados e intendente de Buenos Aires durante la presidencia de Ortiz– había sido secretario de prensa con Lonardi por un brevísimo período y, contando con su experiencia como director de *Sol y Luna*, se incorporó a *Azul y Blanco* desde el momento de su fundación. Desde esa tribuna, recibió en varias oportunidades acusaciones de haber sido simpatizante nazi en su juventud. En efecto, durante su viaje a Europa en la década del cuarenta, Goyeneche había sido voluntario en la División Azul del ejército franquista, había estado en la Alemania nazi –donde sus entrevistas con altos funcionarios del partido generaron serias sospechas de espionaje que nunca fueron del todo desestimadas– y se había encontrado en

peronistas⁶ y retomaron su prédica militante hacia fines de los cincuenta. De este modo, atentos a los nuevos problemas de la época, su discurso habilitó una verdadera regeneración de la ideología nacionalista.

Esta última se había caracterizado por su antiliberalismo, autoritarismo, corporativismo, militarismo, anticomunismo, antisemitismo, revisionismo, catolicismo y por haber estado centrada en la importancia de la nación. Más específicamente, el nacionalismo ha sido descrito a partir de dos posturas aparentemente antagónicas; así, por un lado, hubo un sector más tradicionalista, antimoderno, nostálgico, católico, aristocrático y reaccionario, y, por otro, hubo un sector que detentó rasgos populistas, anticapitalistas y que –sin desestimar sus raíces católicas– propiciaba un programa político secular basado en el cambio radical⁷. De esta segunda rama se habla en este trabajo.

Con ciertos vaivenes desde las primeras décadas del siglo XX, los nacionalistas argentinos, con roles casi siempre protagónicos en la arena local, acusaron el impacto –al igual que otros actores políticos locales contemporáneos–⁸ de las variables domésticas e internacionales, producto del contexto posperonista, por un lado, y de la Guerra Fría, por otro⁹. En este sentido, aun cuando ciertos elementos del nacionalismo de la primera mitad de siglo continuaron vigentes, en los años sesenta éste experimentó un cambio identitario que dio cuenta de una renovación de la cultura política heredada.

En este sentido, el grupo que nos ocupa se vio particularmente involucrado por la batalla por significados de conceptos capaces de definir nuevas identidades de cara al nuevo marco geopolítico de posguerra. De esta manera, muchos de sus típicos pilares ideológicos como el anticomunismo, obrerismo, militarismo,

secreto con Mussolini. Otros nombres que se repiten en las trayectorias de los ya mencionados son Nimio de Anquín, los hermanos Tulio y Bruno Jacovella, José Luis Muñoz Azpiri, José María Rosa, Santiago de Estrada, Julio Meinvielle, Ramón Doll, Raúl Puigbó, José María de Estrada y Federico Iburguen, entre otros. De este modo, el entrecruzamiento en ámbitos comunes de sociabilidad de miembros de este grupo repercutió en la existencia de vínculos personales y laborales que perduraron a través de los años. Sobre las trayectorias y sociabilidad de este grupo, consultar Galván, 2013.

⁶ Durante las presidencias de Juan Domingo Perón (1946-1955) este grupo de nacionalistas había sufrido una sinuosa y parcial “asimilación” al ideario oficialista.

⁷ Para una caracterización gruesa sobre el nacionalismo de derechas argentino, según estos parámetros, ver Lvovich, 2006.

⁸ Altamirano, 1992.

⁹ El período 1956-1969 es considerado en la historiografía argentina una larga década, debido a las transformaciones culturales en la clase media, la emergencia de nuevas cuestiones teóricas y políticas y la reconfiguración del campo intelectual y político en conjunto; ver Sarlo, 2001; Sigal, 2002; Terán, 1993.

antidemocratismo, antiimperialismo, federalismo y hasta el mismo nacionalismo, entre otros, se vieron afectados en sus acepciones y usos. Como parte de este proceso de transformación, uno de los bastiones conceptuales del ideario nacionalista que mutó considerablemente fue el hispanismo.

En efecto, la filiación entre estos nacionalistas en los años sesenta con la vieja y preciada idea de Hispanoamérica se vio atravesada por las disputas en torno a qué significaba en el contexto posterior a la Revolución cubana y qué implicaba su defensa. A su vez, las mutaciones del concepto de Hispanoamérica repercutieron en el proyecto político nacionalista, que vería expandir sus límites desde lo local hacia lo regional y, en el contexto del auge global del concepto de Revolución, los nacionalistas de este grupo, interlocutores asiduos tanto de la izquierda nacional como del marxismo, reflataron su idea de revolución nacional y la hicieron cruzar las fronteras.

Así, el grupo de Sánchez Sorondo canalizó y aglutinó los nuevos sentidos del hispanismo internacional y logró vincularlos con un proyecto político revolucionario de amplio espectro. Del mismo modo, la militancia e intelectualidad nacionalista de los años sesenta, objeto de este trabajo, haciéndose eco de este clima, desembocaría también en un programa revolucionario regionalizado.

Por estos motivos, en el presente trabajo intentaré rastrear la argumentación que desembocó en la ampliación espacial del mencionado programa político; es decir, cómo este grupo pasó de un programa golpista y corporativista local a propugnar una revolución nacionalista a llevarse a cabo de manera simultánea en toda Latinoamérica, con el único objetivo de acabar con la amenaza comunista.

En ese sentido, en primer lugar, se presentarán brevemente los antecedentes inmediatos del hispanismo nacionalista, cuya reactualización sirvió como telón de fondo de la regionalización de los nuevos objetivos políticos. En segundo lugar, se abordará cómo se consideró a Hispanoamérica en la década que nos convoca y a qué se debió dicha manera de pensarla. Por último, se delinearé el modo en que el cambio en el significado de Hispanoamérica en el ideario nacionalista de los sesenta repercutió, a su vez, en la resignificación del clásico concepto de revolución que adoptaron estos actores para darle sustancia a su programa.

El hispanismo nacionalista. Antecedentes

La historia del concepto de “Hispanoamérica”, estrechamente ligada al de “hispanidad”, tal y como fue apropiada por los nacionalistas argentinos remite, como mínimo, a la transición del siglo XIX al XX. En el origen del uso de estos conceptos se los asociaba, a su vez, a la religión católica como elemento

integrador. En la década de 1920, la idea de hispanidad funcionó como eslabón cultural e intelectual de todos los pueblos de habla castellana, pero ya con la dictadura de Primo de Rivera en España y, sobre todo más adelante, durante el franquismo, resurgió con contenidos políticos más concretos para nuclear a la intelectualidad iberoamericana católica y de derecha que compartiese los mismos principios ideológicos (fe católica, reivindicación del vínculo espiritual entre América y la España conquistadora, antiliberalismo, corporativismo, etc.) en los que se basó este hispanismo cultural y político¹⁰.

En el contexto del triunfo franquista en la península, los nacionalistas argentinos emprendieron una campaña para enaltecer el vínculo entre América y la España tradicional, católica y conservadora, con el fin de construir una identidad hispanoamericana. En este programa hispanista se reconoce la influencia de las experiencias personales de algunos de estos intelectuales que habían viajado a la España en guerra. Así, por ejemplo, Marcelo Sánchez Sorondo había sido corresponsal en el frente “nacional” en 1937 y recordaba su vivencia bélica con mucho romanticismo y manifestando una gran admiración por los jefes militares y soldados del bando de los nacionales¹¹.

Sánchez Sorondo había sido convocado para relatar su experiencia reciente en España, inmediatamente luego de regresar al país. Como resultado de dicha invitación, escribió en 1938 “Dialéctica del Imperio”, un ensayo que fue finalmente publicado en el primer número de la revista cultural *Sol y Luna*, dirigida por Juan Carlos Goyeneche. En ese ensayo, que no es más que un panegírico de la España tradicional, heredera del Imperio católico, destaca el rol salvador de la guerra civil para el ser nacional español¹². A partir de estas impresiones, la heroicidad del campo de batalla (y su significado profundo) quedaría marcada a fuego en la prédica política del joven nacionalista argentino que tuvo la oportunidad de ver desde primera fila el despliegue del “retorno a la esencia nacional” española.

Efectivamente, la hispanofilia que envuelve las primeras palabras públicas de Sánchez Sorondo se asociaba, sin dudas, no solo a la guerra civil Española, sino también a las concepciones acerca de la hispanidad que predominaban en su círculo por aquel entonces, por influencias del libro *Defensa de la hispanidad* de Ramiro de Maeztu, de 1934. Maeztu, quien había sido embajador español en

¹⁰ Goncalves, 2013, pp. 2-6.

¹¹ Sánchez Sorondo, 2001, p. 40.

¹² Sánchez Sorondo, 1938.

Buenos Aires en la década del 20, mantuvo su ascendencia en el nacionalismo argentino¹³.

Sin embargo, pese al tono paternalista de la obra de Maeztu, la admiración de los nacionalistas argentinos por la España antiliberal, católica y tradicional que resurgía con el triunfo de Franco, no suponía reconocer la superioridad española por sobre la americana en el universo hispanista. Muy por el contrario, la América hispana era vista como la región geográfica más amplia que completaba la hispanidad; es que esta última era considerada un triángulo, cuyos tres vértices eran México, España y Argentina. Así, para los nacionalistas del periódico *Sol y Luna*, Hispanoamérica era un cúmulo de naciones balcanizadas que, más allá de sus fronteras nacionales, se reconocían como parte de una unidad supranacional que contemplaba, a su vez, a cada uno de los nacionalismos regionales. En este sentido, si la identidad nacional argentina se definía como “nuestra manera particular de ser españoles”, en muchos aspectos nuestra identidad nacional era más fiel a esa imagen de la España preborbónica que la España moderna misma. Por ello, los nacionalistas argentinos se reconocían no como “hispanófilos”, sino como “hispanofiliados”. Esto último implicaba que, más allá de las jurisdicciones locales, América se hallaba amalgamada en un plano espiritual, anudado por la fe católica. En síntesis, en conjunto, Hispanoamérica era un estadio previo a la formación de una confederación política¹⁴.

Años más tarde, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, esa identidad supranacional hispanista, de raíces meramente espirituales, pero con un gran futuro político, se fue definiendo en oposición al imperialismo de Estados Unidos que comenzó a acechar con mayor ímpetu a la región. Así, el hispanismo de los nacionalistas se fue volviendo sinónimo de antiimperialismo. En este sentido, a propósito del rol de la Hispanidad en la debacle europea, Goyeneche afirmaba en 1944:

Ahora se ha llegado en esta última etapa de un ciclo de desgaste, a que el mundo Occidental, para salvarse, encuentre una fórmula superior que lo vincule y coordine ante fuerzas elementales que obedecen a unidades primarias, o, por el contrario, que se precipite sin remedio en el caos. Es en este preciso momento —en el que vuelven a darse oportunidades históricas análogas a las que produjeron la grandeza de España y el origen de América— cuando surge una palabra amplia y ambiciosa para designar la presencia de algo más que la simple realidad de unos pueblos vinculados entre sí por una lengua y una cultura idénticas¹⁵.

¹³ Finchelstein, 2010, p. 271.

¹⁴ Iannini, 2014, pp. 45-78.

¹⁵ Goyeneche, 1976, pp. 50-51.

Es decir que el reordenamiento de las naciones que imponía el fin de la Segunda Guerra era, para los nacionalistas argentinos, la coyuntura propicia para que Hispanoamérica se erigiese como alternativa a las potencias y, de esta manera, reconquistase Occidente para la cristiandad.

El hispanismo nacionalista después de la Revolución cubana

El hispanismo fue una parte importante de la política exterior de la España franquista en la década del cuarenta para contrarrestar la creciente influencia norteamericana en el continente y, principalmente, como elemento de presión para que el régimen franquista fuera reconocido en el concierto de las potencias internacionales. En este contexto, se había fundado el Consejo de la Hispanidad que, luego del triunfo aliado en 1945 mutó en el Instituto de Cultura Hispánica, dando cuenta así del giro desde una política imperialista basada en la superioridad espiritual y religiosa hacia una política subordinada al anticomunismo norteamericano. Es que ni bien se abrió la ventana de oportunidad para probar su valía ante el bloque occidental, Franco no dudó en plegarse a la campaña anticomunista de Estados Unidos en Latinoamérica. Como parte de ese proceso, la defensa de la hispanidad que había pretendido encabezar en la región se volvió abstracta y difusa y se concentró en la defensa del “Occidente Cristiano”¹⁶.

Este enroque entre hispanidad y Occidente efectuado por Franco a fines de la década de 1940 no pasó inadvertido entre los nacionalistas argentinos de los que trata este trabajo. Si bien en el campo cultural y político de la derecha no-liberal local coexistieron divergencias acerca del hispanismo¹⁷, en el caso del círculo de intelectuales y militantes cercano a *Azul y Blanco* la idea de hispanidad, la filiación con una Hispanoamérica de profundas raíces espirituales, se fue volviendo cada vez más difusa.

En efecto, el contacto de varios miembros de esta red de intelectuales argentinos con el hispanismo institucionalizado por la política del primer franquismo fue directo y hasta, en muchos casos, central. Así, por ejemplo, Mario Amadeo –considerado uno de los principales representantes hispanistas en la Argentina– como asiduo conferencista del Instituto de Cultura Hispánica y codirector de su revista, *Cuadernos Hispanoamericanos*, fue uno de los voceros locales de las ventajas de la hispanidad hasta los albores de la década del sesenta¹⁸. En igual

¹⁶ Delgado Gómez-Escalonilla, 1992 y Zannatta, 2008, pp. 47-73.

¹⁷ Sobre las divergencias entre los grupos hispanistas en Argentina, ver Rodríguez, 2015, pp. 97-114.

¹⁸ Gunnar Kressel, 2015, 115-133 y Amadeo, 1956.

sentido, Juan Carlos Goyeneche no solo fue uno de los invitados al Consejo de la Hispanidad, sino que también fue el director de la publicación *Sol y Luna*, emblema de defensa del hispanismo en las décadas del treinta y del cuarenta en la Argentina¹⁹. De este modo, a partir de la permeabilidad que los círculos de sociabilidad nacionalista habían mostrado desde muy tempranamente con las ideas peninsulares —a la que se pueden sumar más ejemplos como el de José María de Estrada o del mismo Marcelo Sánchez Sorondo—, la idea de hispanidad comenzó a resurgir en este grupo bajo una nueva forma, con el desembarco de la que fue interpretada como la primera Revolución Nacional en el continente.

La Revolución Nacional, bandera heredada del nacionalismo más tradicionalista de la primera mitad del siglo XX, había sido recuperada por los nacionalistas de los años sesenta, decepcionados de sus fallidas incursiones en la política partidaria²⁰. Pocos años antes, uno de los principales grupos de la militancia juvenil nacionalista del posperonismo, el Movimiento Nacionalista Tacuara, ya había reflatado esta bandera, proclamando como su principal objetivo político, llevar a cabo la Revolución Nacional. Sin embargo, no sería sino hasta la presidencia de Arturo Frondizi que algunos intelectuales nacionalistas vinculados a *Azul y Blanco* adscribirían explícitamente al programa revolucionario corporativista como la única salida a la crisis institucional argentina. Éste apuntaba a la “refundación” del país, a partir de la recuperación de algunos viejos pilares nacionalistas como por ejemplo el corporativismo, el militarismo y el obrerismo²¹.

¹⁹ Iannini, 2014, op. cit. y Goyeneche, 1976, op. cit.

²⁰ Luego de haber apoyado la candidatura presidencial de Arturo Frondizi (Unión Cívica Radical Intransigente, UCRI) en 1957, los nacionalistas se sintieron traicionados por el giro “pro-imperialista” de su política económica y exterior. Pese a que algunos intelectuales y políticos nacionalistas siguieron apoyando al presidente ucrista, gran parte de ellos se pasaron a la vereda de la oposición y se declararon enemigos de la “democracia partidista”; ver Sikkink, 2009, p. 120; Tcach, 2003, p. 33. Galván, 2013, pp. 80-131; ver también *Azul y Blanco*, nros. 108, 08/07/58; 109, 15/07/58; 115, 26/08/58; 119, 23/09/58; 123, 21/10/58; 131, 16/12/58; 134, 06/01/59; 136, 22/01/59.

²¹ La idea de una “Revolución Nacional” corporativista no era ajena al pensamiento nacionalista argentino tradicional. Esta retórica corporativista-revolucionaria, central para los fascismos europeos ya había sido adoptada por los nacionalistas argentinos de los treinta y, con un marcado giro hacia las masas obreras, por la Alianza Nacionalista en los cuarenta; particularmente, Sánchez Sorondo había desarrollado posturas corporativistas ya en sus artículos de *Nueva Política* y en su libro *La Revolución que anunciamos*, sobre el golpe de 1943; ver Spektorowski, 1990; Saz Campos, 2003; Goebel, 2011, p. 71; Zuleta Álvarez, 1975, p. 716. Asimismo, el programa político del Movimiento Nacionalista Tacuara, contemporáneo a *Azul y Blanco*, también contemplaba la utopía de la “Revolución Nacional” corporativista; ver Galván, 2008, pp. 38-40.

En efecto, las formas democráticas, ocupadas por líderes políticos liberales y anti-nacionales, habían demostrado una vez más sus flaquezas, para los nacionalistas. Según su visión, la democracia debía ser una democracia verdaderamente representativa de los sectores productivos (no de las “partidocracias”) y, principalmente, del motor de la sociedad: los trabajadores²². En este sentido, se reivindicaba un programa que implicase una verdadera transformación:

Queremos un orden político nuevo, expresión de una democracia orgánica en donde graviten la familia, las asociaciones del trabajo y de la producción, junto a los municipios y a las provincias fortalecidas en sus autarquías regionales. Queremos se elabore por un gobierno revolucionario que asume el poder constituyente ratificado por el pueblo de la constitución política de la Segunda República. Queremos que ese gobierno revolucionario reclame el apoyo de los sectores populares y recupere para el país el dinamismo de sus trabajadores. Queremos que ese gobierno convoque un consejo económico y social compuesto de obreros y empresarios donde se elaboren sus planes económicos. Queremos que ese gobierno anule los contratos petroleros, las leyes energéticas y las estipulaciones con el Fondo Monetario. Queremos que ese gobierno intervenga todas las universidades para excluir de su seno a los roedores marxistas. Queremos que ese gobierno revise integralmente la enseñanza bajo la inspiración de nuestras tradiciones religiosas y de nuestra historia²³.

Pero este proyecto de profunda transformación se basaba en una articulación jerárquica de sectores sociales que ellos veían como fundamentales, bajo la tutela de un Estado autoritario:

las fuerzas del trabajo en todas sus jerarquías saben que la conquista del legítimo bienestar sólo resulta de la auténtica integración concertada de todos los factores que concurren a la creación de la riqueza: técnica, trabajo y capital. Así lo quiso Dios, que es el Señor del Orden por eso lo establece la Ley Natural (...) Hay que establecer urgentemente un Estado Nacional que armonice los intereses colectivos con los de cada sector de la sociedad, para así evitar la lucha de clases que se vislumbra; hay que unificar pronto a los argentinos bajo una autoridad reconocida y respetada para no convertirnos en otra Cuba²⁴.

De este modo, la revolución corporativista, antiimperialista, católica, y anticomunista, basada en la independencia económica, la justicia social y encabezada por una elite militar –uno de los pilares programáticos comunes

²² *2da República*, nro. 1, 01/08/61.

²³ *Azul y Blanco*, nro. 230, 16/11/60.

²⁴ *2da República*, nro. 1, 01/08/61.

a varias generaciones nacionalistas—²⁵ continuó siendo definida en la segunda mitad de la década del sesenta como

el movimiento que, produciendo cambios estructurales en la organización social, económica y política, tiene por finalidad expresa sustentar el poder sobre la Nación considerada como círculo político perfecto. Si la revolución procura los cambios estructurales pero se basa en elementos extranacionales, ya no es revolución nacional²⁶.

Es que, a las viejas definiciones heredadas —que no se habían modificado en absoluto—, tan solo se les agregaba una considerable toma de distancia de las revoluciones marxistas en boga. En efecto, la revolución de los nacionalistas no solo se fundamentaba —al igual que en los programas de sus antecesores— en la reorganización política de la sociedad en base a corporaciones que respeten las jerarquías sociales, sino que también debía consistir en la “restauración cultural de los valores esenciales” provenientes de la tradición y la historia, sobre los que se proyectaría el desenvolvimiento de las virtualidades de la comunidad, en su estilo particular. Es decir, la Revolución Nacional no era solo un programa político sino que era declamada como un verdadero “estado espiritual”²⁷. De esta manera, considerando el contexto que obligaba a adoptar identidades opositivas claras, asociar la revolución a la idea de una comunidad espiritual amplia, ligada a la cultura hispanista, derivó en el ingreso a la esfera de interés de los nacionalistas de otros países de América Latina que podían verse igualmente amenazados por programas revolucionarios marxistas.

En este sentido, la nueva era que abrió la Revolución cubana habilitó la expansión del campo de acción del nacionalismo argentino, al menos en un sentido programático. Con el fin de enfatizar la importancia de una esencia superadora de las individualidades y que mancomunaba a toda la América hispana, los nacionalistas de los años sesenta fueron ampliando cada vez más el alcance de su plan político en el semanario político *Azul y Blanco*.

Efectivamente, *Azul y Blanco* —fundado en 1956, en pleno auge aperturista para cualquier voz antiperonista y definitivamente clausurado en 1969, al calor de la crisis final de la dictadura de Juan Carlos Onganía— fue el principal semanario nacionalista de la década del sesenta, que, dirigido, como ya se mencionó, por Marcelo Sánchez Sorondo y habiendo pasado por varias censuras, cambió su nombre en algunas oportunidades por el de *2da República*. La página ganó

²⁵ Galván, 2013, pp. 152-154.

²⁶ *Azul y Blanco* nro. 52, 11/9/67.

²⁷ *Azul y Blanco* nro. 44, 17/7/67.

cierta popularidad más allá de su círculo y difundió de esta manera ideas y proyectos políticos de su grupo editor, a la vez que fue un importante centro aglutinador de ideas e intelectuales y políticos de diversas generaciones²⁸. Desde su inauguración durante la segunda presidencia de la “Revolución Libertadora” hasta su último cierre con Onganía, el periódico se concentró en la política interna, signada por la proscripción del peronismo y sus consecuencias institucionales, políticas y sociales.

Sin embargo, la ambición intelectual del grupo editorial llevó al semanario a incursionar en los eventos del enfrentamiento del bloque soviético y Estados Unidos, en el marco de la Guerra Fría. Así, a partir de una perspectiva eminentemente nacionalista, tanto director, como redactores y también corresponsales se dedicaron a noticiar los conflictos de la Guerra Fría desde un “nosotros” geográficamente más abarcativo.

En efecto, cuando *Azul y Blanco* inició sus crónicas de los primeros meses de la Cuba revolucionaria, comenzó a aparecer en relación con ellas la idea de una nación, de fuerzas básicas motoras del espíritu de cambio, que traspasaban las fronteras geográficas²⁹. En estas notas de la sección internacional del periódico, se apelaba al concepto para enfatizar la urgencia de la cuestión cubana. Concretamente, ésta consistía en el peligro que corría de ser cooptada por la Unión Soviética lo que, en un primer momento, parecía ser la primera y única revolución nacional exitosa en el continente. La isla habría arribado a esta situación por la presión a la que Estados Unidos había sometido al nuevo régimen anti-norteamericano, abandonado a su suerte por los otros países de la región, según enfatizaba este semanario.

Así, en el semanario se interpretaba que la soviétización de la Revolución cubana era el resultado de los movimientos de resistencia de esta nación hispanoamericana que, frente a las condiciones “antinacionales” a las que se veía sometida por líderes que respondían a intereses foráneos, quedaba expuesta a una situación de peligrosa vulnerabilidad frente al comunismo³⁰.

Ya con ocasión de la revuelta húngara de 1956, los nacionalistas argentinos habían manifestado una gran admiración por los manifestantes húngaros cuya causa nacional estaba fracasando bajo el puño del imperialismo soviético³¹.

²⁸ Galván, 2013.

²⁹ *Azul y Blanco*, nro. 212, 12/07/60; 214, 26/07/60.

³⁰ Galván, 2013, 146-147.

³¹ En octubre de 1956, siguiendo la iniciativa del comunismo nacional polaco de Wladyslaw Gomulka, los estudiantes húngaros habían encabezado una revuelta armada contra el régimen soviético. Pocos días después, el gobierno local de Imre Nagy anunció que se retiraría del Pacto

De la misma manera, con respecto al caso cubano, los nacionalistas argentinos creían que la Revolución había puesto de manifiesto una comunidad espiritual –movilizada políticamente– mucho más vasta, que se definía por la filiación al pueblo de Hispanoamérica³². Es que, lo que estaba en juego, era la esencia misma de esta comunidad hermanada por lazos históricos y espirituales que parecía haber comenzado a desprenderse verdaderamente de sujeciones externas a partir de la Revolución Cubana. Pero esta emancipación tan esperada se detuvo abruptamente, según entendieron estos intelectuales, cuando a la causa cubana se le impuso “esa interpretación comunista de la revolución iberoamericana”³³.

Así, los nacionalistas del posperonismo interpretaron que el programa cubano original era coincidente con el de una primera revolución nacionalista en Hispanoamérica. Pero la amplitud del término “nacionalista” en este contexto discursivo permitía apelar a las condiciones de un programa político difuso, cuya única nota claramente definida era su antiimperialismo. Precisamente debido a ello, se criticaba con un énfasis particular el enviciamiento de la Revolución, al haberse acercado al otro extremo del imperialismo bélico dominante de la escena internacional del momento.

En relación con esto, recobró preponderancia en el imaginario nacionalista –influido también por la proscripción del peronismo y la subsecuente “vulnerabilidad” de los trabajadores politizados– el anticomunismo que, no sólo se cargó de ciertas nociones y preconceptos específicos del contexto de Guerra Fría, sino que logró transformarse en un factor central y aglutinante de diversas expresiones de las derechas latinoamericanas y argentinas, en particular³⁴.

Así, en el caso de la publicación *Azul y Blanco*, a la preocupación por el posible ascendente que el comunismo podía ejercer sobre los trabajadores locales que habían sido despojados de su líder con la proscripción al peronismo decretada en 1955, se le sumaron las representaciones que los nacionalistas se hacían en torno al estrechamiento de los vínculos entre la isla y la Unión Soviética, cruzado todo ello, a su vez, por el sentido común anticomunista

de Varsovia. El incidente terminó con la ocupación militar de las fuerzas soviéticas y antes de fines de ese año la resistencia fue aplastada definitivamente y Nagy fue reemplazado por János Kádár; ver Powaski, Ronald, *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 148-149; *Azul y Blanco*, nro. 22, 31/10/56.

³² *Azul y Blanco*, nro. 212, 12/7/60.

³³ *Azul y Blanco*, nro. 231, 23/11/60.

³⁴ Broquetas, 2014, pp. 61-63; Bohoslavsky, 2015; Scirica, 2014; Scirica, 2015; Padrón, 2012; Ruderer, 2012, pp. 79-108.

que emanaba desde Estados Unidos, a modo de legado de la antigua ambición panamericanista de aquel país³⁵.

En síntesis, la insistente denuncia de parte de este grupo contra el “imperialismo comunista” en Hispanoamérica y el llamado a combatirlo sellaron una de las más importantes transformaciones del concepto en este período. A partir de la Revolución cubana, hispanismo y anticomunismo se volvieron dos elementos indisolubles del ideario nacionalista argentino. Así, guardando cierta relación con la estrategia exterior de Franco mencionada al comienzo de este apartado, el anticomunismo específico del período –que impulsaba la interpretación, en última instancia, del peligro rojo como una amenaza concreta e inminente en la región, materializada en actores políticos internos, supuestos representantes de intereses antinacionales, que obligaba a los poderes locales a intervenir– pareció barrer con las acepciones más espiritualistas de la idea de una comunidad hispana, defendidas en la primera parte del siglo XX.

En efecto, la presencia de este anticomunismo, asociado a lo antinacional y lo anticristiano en el discurso nacionalista, mutó a partir de mediados de los años sesenta hacia una perspectiva política regionalizada mejor definida. Es decir que el nuevo modo de entender la América hispánica se centró en la búsqueda de soluciones frente al creciente interés del imperialismo soviético en la región. En este sentido, los rasgos hispanistas del discurso nacionalista sirvieron como base de argumentación para la guerra contra el comunismo, renovada a la sombra de la Revolución cubana.

Con el triunfo del golpe del general Juan Carlos Onganía en 1966, líder militar en quien los nacionalistas habían depositado sus expectativas de concretar la Revolución Nacional corporativista, el semanario *Azul y Blanco* reabrió sus puertas, luego de varias clausuras, seguidas de un largo impasse³⁶. En la versión rejuvenecida y modernizada del semanario comenzó a publicarse una columna internacional que seguía de cerca a los países del bloque comunista en general, a la guerra de Vietnam, a la política exterior norteamericana en el sudeste asiático, a los gobiernos de los países de la región, a la situación china, a las tensiones en Medio Oriente, pero principalmente, a la cuestión alemana y de *Mitteleuropa*³⁷. Es decir que, en esta nueva etapa, el anticomunismo del semanario *Azul y Blanco* había ampliado el foco de atención hacia el resto del bloque occidental (Europa y Norteamérica), que, desde la nueva perspectiva

³⁵ *2da República*, nro. 30, 31/10/62; *2da República*, nro. 29, 24/10/62.

³⁶ Galván, 2013, p. 15.

³⁷ Galván, 2013, pp. 195-196.

que postulaba la hispanidad como resguardo global frente al comunismo, ahora se mimetizaba con la idea de Hispanoamérica³⁸.

Efectivamente, el vínculo de identidad entre Occidente y la América hispánica se emplazó, en el nuevo marco discursivo del nacionalismo argentino, en la vieja idea de cristiandad que remitía, a su vez a una entidad espiritual y cultural superior a cualquier región geográfica, delimitada por fronteras nacionales. De este reposicionamiento del grupo en la contienda cultural e ideológica hacia fines de la década del sesenta, también dan cuenta las palabras de Mario Amadeo, quien había declarado en 1954 en España que

se plantea [hoy] entre la renovación bajo el signo de la tradición y el orden, o la revolución bajo el signo de la hoz y el martillo; falta determinar si hemos de congregarnos bajo el nombre de “Comunidad Hispánica de Naciones” o bajo el rótulo de “Repúblicas Socialistas Soviéticas de Indoamérica”. De uno u otro modo, la unidad de nuestros pueblos habrá de consumarse. De nosotros depende que lleve nuestra impronta³⁹.

Más de diez años después, en 1967, en un contexto internacional aún más radicalizado, también Juan Carlos Goyeneche denunciaba que

el mundo soviético nos habla de paz, de democracia, de libertad, de moral, de nación. Son las mismas palabras con las cuales en Occidente designamos todo un sistema de valores. Pero, a poco de acercarnos a la fuente de doctrina sobre lo que se vertebra el comunismo, advertimos –a no ser que estemos ciegos– que en él esas palabras se refieren a realidades bien distintas de las que nosotros queremos significar con los mismos vocablos. Y así podemos descubrir que el comunismo, para ganar terreno en el campo adversario, acostumbra a expresar su pensamiento cabal con palabras no comunistas⁴⁰.

En síntesis, la defensa de los valores occidentales (en su sentido amplio) abonaba el renovado anticomunismo de los nacionalistas y dejaba su marca en su programa político de los años sesenta, a tal punto que no solo solidarizaban con aquellos países “víctimas” del imperialismo soviético, sino que veían en ellos un verdadero espejo en el que se reflejaba la posibilidad de pérdida de los valores tradicionales que definían la propia identidad nacional.

Es que, concretamente, el riesgo que estos últimos veían que acechaba a ese amplio “nosotros” occidental no era otra cosa que el fantasma del anticomunismo

³⁸ *Azul y Blanco*, nro. 6, 11/8/66.

³⁹ Amadeo, 1956, p. 224.

⁴⁰ Goyeneche, 1976, p. 215.

que había reflatado en el imaginario de las derechas de la región. Así, aquella defensa del Occidente cristiano emprendida por Franco una década atrás, en reemplazo de su proyecto hispanista, veía también su correlato en parte del discurso nacionalista argentino de los años sesenta, en el que se reemplazaba la filiación con esa comunidad unida por vínculos espirituales, históricos, sociales y políticos por la cruzada en defensa de los valores occidentales, amenazados por el comunismo.

La Revolución Nacionalista y la “Patria ampliada”

La coincidencia entre el proyecto cultural franquista y la nueva manera de pensar a la región latinoamericana de los nacionalistas argentinos no implicó necesariamente una influencia directa del primero sobre la segunda. En realidad, si bien el programa franquista contribuyó a legitimar un clima de época en las derechas, esta nueva forma de pensar a la región estuvo principalmente influenciada por la variedad ideológica de las redes de sociabilidad de la nueva generación de nacionalistas que impulsaban un proyecto secular, que abarcaba desde dirigentes sindicales de izquierda y militantes católicos progresistas hasta ex colaboracionistas nazis y otros representantes del nacionalismo de derecha europeo, del conservadurismo norteamericano y viejos nacionalistas argentinos⁴¹.

Efectivamente, diversas circunstancias de la época que marcaron las vidas individuales de militantes e intelectuales —como por ejemplo, la prisión política, la censura o la simple reactualización de la agenda política—⁴² de la mano de la incorporación de sangre nueva, aproximó a viejos nacionalistas a otros sectores del espectro ideológico. En conjunto, esta sumatoria de influencias determinó la preocupación de estos nacionalistas por la concreción de una Revolución Nacional que, en el marco de un escenario regional convulsionado por las nuevas definiciones de la Revolución cubana y el auge general de la idea de la Revolución⁴³, estuviese bien diferenciada del programa de la Revolución socialista.

A mediados de la década del sesenta, como se dijo más arriba, los nacionalistas creyeron ver en Onganía y la triunfante “Revolución Argentina” la concreción de su programa corporativista. El gobierno de Onganía fue una dictadura militar que subió al poder precisamente bajo la premisa de terminar con la “partidocracia”

⁴¹ Galván, 2013, p. 199.

⁴² Bardini, 2002.

⁴³ Marchesi, 2014.

que había dejado en ruinas a las instituciones y sociedad argentinas. Así, con el objetivo de iniciar una “nueva era”, Onganía lanzó un programa corporativista que transformaría al país. Ello contemplaba la generación de entidades intermedias de representación (consejos económicos), la restauración del orden, la afirmación de la unidad nacional, el desarrollo económico en base al reestablecimiento de la confianza del pueblo argentino en su país y la promoción de valores cristianos y occidentales en una sociedad alienada de su esencia católica y nacional⁴⁴. En este sentido, los objetivos planteados parecían coincidir plenamente con el programa de la revolución corporativista que impulsaban los nacionalistas del período, quienes, por ese motivo, no dudaron en apoyarlo⁴⁵.

En efecto, Onganía era retratado por Sánchez Sorondo como el agente tan esperado para llevar a cabo la Revolución Nacional corporativista⁴⁶. Pero, a los pocos meses de asumir la presidencia, una vez más, el nacionalismo se vería desilusionado al corroborar que sus expectativas en la gestión presidencial no se condecían con la realidad política que nuevamente se vería avasallada por el giro liberal del gobierno. De esta manera, el período de encantamiento con el gobierno finalizó abruptamente cuando las indefiniciones, primero, y las definiciones en el sentido de una orientación liberal, más tarde, decepcionaron las expectativas de un cambio verdaderamente corporativista de las instituciones argentinas⁴⁷.

A partir de entonces, los nacionalistas comenzaron a impulsar un plan que hiciese finalmente efectivas la justicia social y la independencia económica y cultural, sobre la base de las tradiciones nacionales. En este sentido, con la excusa de la denuncia del régimen de Onganía, se definía en 1968 un programa revolucionario nacionalista, pero a la vez, inclusivo:

la revolución que esperamos sólo se hará cuando, manteniendo incólumes los principios, sepamos superar las falsas divisiones partidistas, los ideologismos y las pregonadas intransigencias teóricas que significan en la práctica desertar de la acción y abandonar el campo adversario⁴⁸.

⁴⁴ Rouquié, 1998, p. 253.

⁴⁵ *Azul y Blanco*, segunda época, nro. 1 (07/07/66).

⁴⁶ “... el país le niega al Teniente General Onganía el derecho a fracasar porque su presencia es imprescindible [...] está llamado a ejecutar esa revolución institucional que rescatará el genio y la figura de Argentina” (*Azul y Blanco*, segunda época, nro. 1, p. 3)

⁴⁷ *Azul y Blanco*, segunda época, nros. 2, p. 3 (14/07/66); 3, pp. 12-13 (21/07/66); 4, pp. 12-13 (28/07/66); 6, p. 13 (11/08/66); 9, p. 3 (01/09/66); 24, pp. 4 y 5 (15/12/66); 27, p. 3 (11/01/67).

⁴⁸ *2da República- segunda época*, nro. 1, 30/04/68.

En este marco, se funda el Movimiento para la Revolución Nacional (MRN), un grupo político coordinado por Sánchez Sorondo que invitaba a unírseles a “todos los actores que privilegiasen la defensa de los intereses nacionales” –es decir, concretamente, a la nueva izquierda nacional–⁴⁹ y que proponía objetivos concretos de corte corporativista⁵⁰. Sin embargo, con el rápido devenir del fin de década, fue cobrando una forma cada vez más definida la idea de que la Revolución Nacional no se podía dar de manera aislada en una región clave para el enfrentamiento de ambos bloques de poder mundial.

Estas definiciones condujeron al semanario a seguir cada vez más de cerca la situación política del resto de las naciones de Hispanoamérica. En este sentido, no se pasaban por alto los “indicios” que la actualidad política de otros países aportaban a su causa. Así, un caso paradigmático que recuerda al discurso esperanzado de la primera generación de *Azul y Blanco* sobre la Revolución cubana fue el ferviente apoyo al golpe de Juan Francisco Velasco Alvarado en 1968 en Perú. Este caso fue tomado por el semanario como prueba de que la Revolución Nacional era factible y de que del devenir de los movimientos nacionales latinoamericanos –que en el caso peruano era extraordinariamente promisorio– dependía la solución permanente a los “problemas de desigualdad y de sujeción a los imperialismos en el continente”⁵¹. Es que el fantasma de la revolución frustrada obligaba a los nacionalistas argentinos a considerar que la Revolución Nacional solo sería viable en un contexto regional igualmente revolucionario.

La tendencia hacia este tipo de “latinoamericanismo” como opción política se debió principalmente a la convicción de que la Revolución Nacional no podía tener éxito de forma aislada:

ningún país por sí solo y aislado del resto de los países de América Latina, puede encarar con eficacia duradera las tareas del desarrollo en el sentido que queremos los trabajadores.

Por eso una de las exigencias fundamentales en el proceso revolucionario de nuestros pueblos es la UNIDAD LATINOAMERICANA en el plano económico, social, político y cultural⁵².

⁴⁹ Tortti, 1999.

⁵⁰ Galván, 2013, pp. 187-188.

⁵¹ *Azul y Blanco*, nros. 84, 29/10/68; 85, 5/11/68; 99, 11/02/69; 111, 06/05/69; 114, 27/05/69.

⁵² *Azul y Blanco*, nro. 65, 18/06/68.

Así, la apelación por conformar una unidad latinoamericana en pos de la lucha política antiimperialista fue, en este sentido, la cara pragmática que presentó la nueva manera de pensar a la región.

Efectivamente, los intelectuales nacionalistas consideraban que los valores occidentales estaban siendo seriamente amenazados y que la única defensa contra el avance del comunismo (sin desestimar el rol contraproducente jugado por el tan arraigado liberalismo, siempre vulnerable en sí mismo) era reforzar los valores cristianos, principios básicos del llamado “mundo libre” y eje fundamental de la unidad hispanoamericana, para reconstituir el agónico orden cristiano a través de una revolución en todo el continente⁵³. Esta hipótesis de resolución del conflicto en el que se veía envuelto el mundo occidental pensado en estos términos se basaba en la idea de que Hispanoamérica era la “espalda del mundo libre”⁵⁴. En este sentido, Goyeneche declamaba en Europa en 1967 que

Hispanoamérica se salvará o se perderá en bloque. Existe entre los pueblos de Hispanoamérica una tendencia natural a la unidad que los lleva desde su origen común a acompasar cada vez más sus movimientos en una idéntica actuación histórica⁵⁵.

Así, en relación con esta “cruzada” en defensa de Occidente, Hispanoamérica “en bloque” tenía la misión de ir a la cabeza debido a su posición estratégica entre los dos bloques de poder. En este sentido, se sostenía la importancia de “crear una política internacional claramente beligerante respecto del comunismo pero sirviendo nuestros ‘propios ideales’, nuestro antiguo ‘ethos’ de pueblo moldeado por la catolicidad”⁵⁶.

Desde ese punto de vista, se criticaba el anticomunismo explícito y llano del gobierno local de Onganía, debido a que creían que la represión directa al comunismo resultaba contraproducente. Es que, en efecto, la evolución de la “Revolución Argentina” había demostrado a los nacionalistas que el “Onganiato” no era sino un caso más de una revolución nacional fracasada, abortada antes de llegar a ser. En este marco, las políticas que el gobierno militar estaba implementando contra el comunismo equivocadamente (tanto en el plano externo como en el interno) eran tan solo un signo más de su inminente naufragio.

⁵³ Goyeneche, 1976, p. 221.

⁵⁴ Goyeneche, 1976, p. 224.

⁵⁵ Goyeneche, 1976, p. 221.

⁵⁶ *Azul y Blanco*, nro. 48; 14/8/67.

Es que, más específicamente, los nacionalistas estaban convencidos de que la mejor forma de combatir al comunismo era con las banderas de la Revolución Nacional, desplegadas de manera simultánea por todo el continente. Al implementar los cambios políticos y sociales mentados por su programa, el reclamo marxista por la transformación social carecería de sentido y los focos comunistas se extinguirían solos⁵⁷. De ahí, la importancia de la unidad latinoamericana para el éxito de la Revolución Nacional, que parecía ser completamente ignorada por el gobierno argentino. Así, consideraban

irrisorios, cuando no grotescos, los intentos de proyectarnos como nación sin saber cómo es íntimamente Iberoamérica, en tanto ámbito de un espíritu unitario que se esfuerza por alcanzar su plenitud en medio de una geografía y una economía avasalladas por el coloniaje (...) Nuestra América –explosiva socialmente– como hace ciento cincuenta años necesita un liderazgo ejemplar que se adelante a realizar para todos, bajo el signo de las tradiciones de la Fe, el idioma y la sangre, la más plenaria Revolución Nacional⁵⁸.

En definitiva, hacia fines de la década, la vieja idea de Hispanoamérica, cruzada por el anticomunismo propio de la Guerra Fría, confluyó en el discurso nacionalista en un programa revolucionario que abarcaba a ese conjunto de naciones unidas por la tradición católica e hispánica, por la historia y –sobre todo– por un enemigo en común. Por ello, en el programa del MRN se establecía: “La Argentina será solidaria en todos los terrenos con los pueblos hermanos de nuestra América”⁵⁹.

La recuperación del concepto de Revolución Nacional realizada por los nacionalistas en la década del sesenta, si bien no fue ajena a las tendencias de la agenda conceptual de la época, concitó una actualización del término. Así, esta redefinición conllevó no solo la búsqueda de una alternativa política al “Onganiato”, sino también la propuesta de una opción distinta del marxismo que subsanase las mismas problemáticas político-sociales de desigualdad y dependencia que denunciaban las izquierdas en aquel momento. De esta manera, la propuesta de cambio marxista se volvería espuria.

Pero con este enriquecimiento semántico, el nacionalismo no solo buscaba ofrecer una salida alternativa al comunismo sino que también tomaba postura explícitamente en la disputa por el significado de la revolución. De este modo, redefinir la revolución nacionalista implicaba, al mismo tiempo, oponerse a la revolución

⁵⁷ *Azul y Blanco*, nros. 48, 24/04/63; 49, 21/08/67; 50, 28/08/67; 53, 18/09/67.

⁵⁸ *Azul y Blanco*, nro. 52, 11/9/67.

⁵⁹ *Azul y Blanco*, nro. 62, 20/08/57.

socialista, reclamar para sí la exclusividad del uso de uno de los conceptos más preciados de los discursos políticos del momento, sin dejar de lado sus propias tradiciones ideológicas.

Paradójicamente, el ingreso de los nacionalistas a la contienda por la apropiación del concepto de revolución los puso en diálogo con las izquierdas marxistas a partir del uso de un terreno terminológico común. Es decir, al mismo tiempo que los nacionalistas declamaban por una revolución conjunta en Hispanoamérica, debido a las problemáticas sociales y políticas comunes, pero sobre todo por los lazos de historia y tradición que hacían de la región una comunidad, los movimientos de izquierda del continente estaban debatiendo una estrategia común para coordinar la lucha antiimperialista en América Latina.

En efecto, en julio de 1967 se celebró en La Habana la conferencia inaugural de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), impulsada por Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara. La OLAS se basaba en la idea de que, frente a la guerra global contra el imperialismo, las particularidades nacionales en América Latina quedaban en un segundo plano por lo que se debía llevar la revolución por encima de las fronteras nacionales. Esto implicaba la continentalización desde abajo de la revolución, llevada a cabo localmente, es decir, dejando de lado posibles influencias soviéticas⁶⁰.

Los nacionalistas argentinos no ignoraban las negociaciones y postulados de la OLAS, pero era precisamente el hecho de que los líderes cubanos reclamaran la continentalización de la revolución lo que enardecía la urgencia por extender la Revolución Nacional al resto de la comunidad hispanoamericana. Es que, consideraban que la OLAS era la “más firme tentativa realizada por los movimientos marxistas latinoamericanos para hacer suya la Revolución Nacional (...) para adueñarse del alma de nuestros pueblos y del sentimiento de nuestra extendida tierra”⁶¹.

No obstante esta crítica a la OLAS, los nacionalistas compartían la idea de la continentalidad de la revolución marxista la creencia en una realidad común latinoamericana y en el antiimperialismo como factor de unión entre los pueblos del continente⁶². En este sentido, también consideraban en un segundo plano las diferencias nacionales. Debido a ello, insistían en que “la Revolución Nacional propone, ante todo, una política de confluencia, una política capaz de expresar

⁶⁰ Marchesi, 2014, pp. 38-43.

⁶¹ *Azul y Blanco*, nro. 48, 14/08/67.

⁶² Marchesi, 2014, p. 52.

todas las manifestaciones nacionales –dislocadas por la crisis– con el vigor, con el empuje, con la unidad de un hecho nuevo”⁶³.

Poco después de celebrarse la conferencia de la OLAS fue asesinado el Che Guevara en Bolivia. Para la izquierda marxista del continente, el hecho consolidó la urgencia por la continentalización de la revolución y cristalizó la trayectoria revolucionaria de Guevara como un modelo de militancia, compromiso y sacrificio a imitar⁶⁴. Paralelamente, desde el campo del nacionalismo, se homenajeó al mártir revolucionario y se exaltó su heroicidad, a pesar de su sacrificio por “banderas extranjeras”. De cualquier manera, eso no desmerecía al héroe americano. Más bien todo lo contrario: había que recuperar este modelo de héroe para la Revolución Nacional⁶⁵. Es decir, nuevamente, el nacionalismo de derecha y la izquierda marxista apelaban a un mismo suelo terminológico para pugnar por sus propios programas políticos.

Consideraciones finales

Durante la década del sesenta, concepciones fundamentales de la ideología del nacionalismo de derecha argentino se vieron –en ciertos círculos de intelectuales de esa corriente– cruzadas por el devenir de la agenda política internacional. Un caso paradigmático en ese sentido fue el concepto de hispanismo.

Efectivamente, si bien para los nacionalistas de la primera mitad del siglo XX Hispanoamérica era una unidad espiritual e histórica que representaba la promesa de la recristianización de Occidente, luego de la Revolución cubana y el consecuente traslado del escenario principal de la Guerra Fría a la región, el modo de pensar aquella unidad espiritual se modificó. En particular, la nueva forma de los nacionalistas allegados a *Azul y Blanco* de considerar el hispanismo tenía más que ver con un proyecto político de alcance regional de resguardar los valores occidentales y cristianos de un inminente avance del imperialismo soviético. Ese proyecto fue catalogado como Revolución Nacional y se esperaba que alcanzase a toda la América hispánica, para transformarse así en un escudo global frente al avance del imperialismo soviético. Así, el hispanismo se vio asociado a preconceptos propios de la Guerra Fría, que emanaban de Estados Unidos.

⁶³ *Azul y Blanco*, nro. 64 11/06/68.

⁶⁴ Marchesi, 2014, p. 54.

⁶⁵ *Azul y Blanco*, nro. 57, 16/10/67.

En definitiva, esto resultó en la prevalencia de la idea de proteger al Occidente cristiano del comunismo, a partir del triunfo general de la Revolución Nacional en todos los países de la región. Esto implicaba restaurar los valores católicos y nacionalistas, propios de la esencia hispanoamericana, con capacidad efectiva de frenar al comunismo.

Pero este ambicioso proyecto político de fines de los años sesenta se condecía, a su vez, con la puesta en boga del término. En dicho marco, la reincorporación y puesta en valor de la idea de revolución al discurso nacionalista implicó también su resignificación y actualización en términos de política regional. Este proceso, a su vez, significó el ingreso del nacionalismo de derecha de mediados de siglo a la disputa por el significado y la apropiación exclusiva del concepto de revolución –como transformación política de la realidad social latinoamericana– compitiendo por él con la izquierda marxista.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, CARLOS, *Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965)*, College Park, Latin American Studies Center, 1992.
- AMADEO, MARIO, *Por una convivencia internacional: bases para una comunidad hispánica de naciones*, Madrid, Cultura Hispánica, 1956.
- BARDINI, ROBERTO, *Tacuara. La pólvora y la sangre*, México DF, Océano, 2002.
- BOHOSLAVSKY, ERNESTO Y MARTIN VICENTE, “Sino el espanto. Temas, prácticas y alianzas de los anticomunismos de derecha en Argentina entre 1955 y 1966”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, [S.l.], n. 14, apr. 2015. Disponible en: <<http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAn14a11>>. Fecha de acceso: 30 Jun.
- BROQUETAS, MAGDALENA, *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2014.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, LORENZO, *Imperio de papel: acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992.
- FINCHELSTEIN, FEDERICO, *Fascismo Transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires, FCE, 2010.
- FRANCO, JEAN, *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*, Harvard, Harvard University Press, 2002 y Judt, Tony, *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.
- GALVÁN, MARÍA VALERIA, *El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural* (Tesis de maestría en Sociología de la Cultura, inédita), IDAES/ UNSAM, Buenos Aires, 2008.

- _____. *El Nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria, 2013.
- GLONDYS, OLGA, *La guerra fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, 1953-1965*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.
- GOEBEL, MICHAEL, *Argentina's Partisan Past. Nationalism and the Politics of History*, Liverpool, Liverpool University Press, 2011.
- GONCALVES, MARCOS, "Hispanidade e historiografia: redes intelectuais América-Espanha na revista *Estudios Americanos* (Sevilla, años 1950)", en *I Congreso Internacional Nuevos Horizontes de Iberoamérica*, Mendoza, 2013.
- GOYENECHÉ, JUAN CARLOS, *Ensayos, artículos, discursos*, Buenos Aires, Dictio, 1976.
- IANNINI, NICOLÁS, "Sol y Luna, una definición hispanista de la nacionalidad argentina". En Nadia de Cristóforis y María Inés Tato, *Las grandes guerras del siglo XX y la comunidad española de Buenos Aires*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2014.
- IBER, PATRICK J., "El imperialismo de la libertad: el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina". En Benedetta Calandra y Marina Franco, *La guerra fría cultural en América Latina: desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Biblos, 2012.
- _____. "Anti-Communist Entrepreneurs and the Origins of the Cultural Cold War in Latin America". En Jadwiga Pieper-Mooney y Fabio Lanza *Decentering Cold War History: Local and Global Change*, Routledge, 2012.
- JANELLO, KARINA C., "Redes intelectuales y guerra fría: La agenda argentina del Congreso por la Libertad de la cultura", *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea (Segunda Época)* (1), 2014.
- _____. "Los intelectuales de la Guerra Fría. Una cartografía latinoamericana (1952-1962)" *Políticas de la Memoria* (14), 2013-2014.
- _____. "Las políticas culturales del socialismo argentino bajo la Guerra Fría. Las redes editoriales socialistas y el Congreso por la Libertad de la Cultura", *Papeles de Trabajo-IDAES* (12), 2013.
- _____. "El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las "ideas fuerza" de la Guerra Fría", *Revista Izquierdas* (14), 2012.
- KRESSEL GUNNAR, "Les droites latino-américaines colgante. La guerre froide (1959-1990)", *Cahiers des Amériques Latines* N° 79, 2015.
- LVOVICH, DANIEL, *El Nacionalismo de Derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.

- MARCHESI, ALDO, “La revolución viene llegando. El impacto de la conferencia OLAS en la nueva izquierda cono sureña (1967)”. En María Cristina Tortti, Mauricio Chama y Adrián Celentano, *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución* (pp. 35-58), Rosario, Prohistoria, 2014.
- NÁLLIM, JORGE, “Redes transnacionales, antiperonismo y Guerra Fría: Los orígenes de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura”, en *Prismas*, Bernal, v. 16, n. 1, jun. 2012.
- PADRÓN, JUAN MANUEL, “Anticomunismo, política y cultura en los años sesenta. Los casos de Argentina y Brasil”. *Estudios del ISHiR* (2-4), pp. 157-73, 2012.
- PETRA, ADRIANA, “Cultura Comunista y Guerra Fría: los intelectuales y el movimiento por la paz en la Argentina”, *Cuadernos de historia*, Santiago, nro. 38, 2013.
- _____ “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)”, *Contemporánea. Historia y Problemas del siglo XX*, n° 1, Montevideo, 2012a.
- _____ “Intelectuales y política en el comunismo argentino: estructuras de participación y demandas partidarias (1945-1950)”, en *Anuario IEHS* 27, 2013: 63-75.
- POWASKI, RONALD, *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica, 2011.
- RODRÍGUEZ, LAURA, “Los hispanismos en Argentina: publicaciones, redes y circulación de ideas”, *Cahiers des Amériques latines* 79, 2015.
- ROUQUIÉ, ALAIN, *Poder militar y sociedad política en la Argentina. Tomo II 1943/1973*, Buenos Aires, Emecé, 1998.
- RUDERER, STEPHAN, “Cruzada contra el comunismo. Tradición, Familia y Propiedad (TFP) en Chile y Argentina”, *Sociedad y religión* (22-38), 2012.
- SÁNCHEZ SORONDO, MARCELO, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*. Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- _____ “Dialéctica del imperio”, *Sol y Luna*, nro. 1, 1938.
- SARLO, BEATRIZ, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.
- SAZ CAMPOS, ISMAEL, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid, Marcial Pons Historia, 2003.
- _____ *Fascismo y Franquismo*, Barcelona, Universitat de Valencia, 2004.
- SCIRICA, ELENA, “Núcleos católicos anticomunistas bajo el Onganiato. Encuentros y desencuentros”. En Valeria Galvany Florencia Osuna, *Política y Cultura durante el “Onganiato”. Nuevas perspectivas para la investigación de la presidencia de Juan Carlos Onganía (1966-1970)*. Rosario, Prohistoria, 2014.

- _____ “El grupo «Cruzada» – «Tradición Familia y Propiedad» (tfp) y otros emprendimientos laicales tradicionalistas contra los sectores tercermundistas. Una aproximación a sus prácticas y estrategias de difusión en los años sesenta”, en *Mem.soc / Bogotá (Colombia)*, 18 (36): 69-84 / enero-junio, 2014.
- _____ “Comunistas y anticomunistas. Redes políticas y culturales en Argentina y Chile durante la Guerra Fría (circa 1960)”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, [S.l.], n. 14, apr. 2015. Disponible en: <<http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/5808/6601>>. Fecha de acceso: 30 Jun. 2015.
- SIGAL, SILVIA, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- SIKKINK, KATHRYN, *El proyecto desarrollista en Argentina y Brasil: Frondizi y Kubitschek*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- SPEKTOROWSKI, A., “Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera”, en *EIAL*, vol. 2, No. 1, 1990.
- STERNHELL, Z.; M. SZNAJDER AND M. ASHERI, *The Birth of Fascist Ideology*. New Jersey: Princeton University Press, 1994.
- STONOR SAUNDERS, FRANCES, *La CIA y la Guerra Fría Cultural*, Madrid, Debate, 2001
- TCACH, CÉSAR, “Capítulo I: Golpes, proscripciones y partidos políticos”, *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003.
- TERÁN, OSCAR, *Nuestros Años Sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.
- TORTTI, MARÍA CRISTINA, “Izquierda y ‘nueva izquierda’ en la Argentina. El caso del Partido Comunista” [en línea]. *Sociohistórica*, (6), 1999. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2814/pr.2814.pdf, fecha de último acceso: 31/05/2016.
- WILLIAMS, RAYMOND, *Palabras Clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000
- ZANNATTA, LORIS, “De faro de la Hispanidad a centinela de Occidente. La España de Franco en América Latina entre la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría”, *Anuario IEHS* nro. 23, 2008.
- ZULETA ÁLVAREZ, ENRIQUE, *El Nacionalismo Argentino*. Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975.